

—No. Es su hija—; me contestaron.

Y es que aquella luz tranquila y dorada, años atrás, la había yo visto fluir de los ojos de Valentina, la dulce esposa del artista; cuando ella y yo éramos niños y, por las tardes, compartíamos nuestra merienda, nuestros juegos y nuestras rabieta bajo la mirada de nuestras respectivas madres, que también eran amigas.

Y un poco después del crepúsculo, esos crepúsculos nuestros que Adelardo amó tanto, el hijo querido y la dulce esposa del artista recogían la luz postrera de sus ojos y el último latido de su corazón.

Muere la tarde. El sol sus flechas de oro
recoge en su carcaj violeta y grana.
Se enrojece la curva del Guadiana
cual sangre fresca en un alfange moro.

El aire es seda, tul, cristal sonoro.
Y todo el Occidente es la ventana
de una mansión fantástica y lejana
en que un ígneo dragón guarda un tesoro.

Eras pintor; también eras poeta;
cada nuevo crepúsculo ponía
un nuevo rosicler en tu paleta.

.....
¡Fué un crepúsculo más!... Callado, inerte,
espera el resplandor de un nuevo día
en los pálidos brazos de la Muerte.

ELOY SORIANO. Pbro.

LA VIDA EN CACERES EN LOS SIGLOS XIII AL XVI y XVIII

Por MIGUEL A. ORTI BELMONTE

Segundo volumen de la Colección de Estudios Extremeños
(Sección de Historia), publicado por los Servicios Culturales de esta Excelentísima Diputación Provincial

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERIAS DE CACERES



Voces y expresiones viciosas

Destacar

A un escritor que tiene un estilo propio, original, personalísimo, nunca le faltan imitadores. Todo lo

que es singular, nos arrastra y subyuga. Pero mientras los espíritus fuertes, dotados de múltiples recursos nativos, se limitan a mostrar su admiración al escritor original, sin caer en la torpeza de imitarle, los autores mediocres incurrir en tal bellaquería, y lo triste del caso es que sólo toman del modelo sus tranquillos o muletillas, porque, naturalmente, es lo más asequible y pegadizo.

En las escuelas poéticas, por ejemplo, fuera de las figuras capitales, el resto denota en seguida la pobreza de su estirpe o traza en la particularidad de que sólo asimiló defectos y extravagancias. Lo substancial y señero se prodiga poco. Si se prodigase dejaría de ser señero, es decir, único, sin par.

Azorín, con el empleo frecuente de los diminutivos, con la interminable procesión de nombres propios, de adjetivos antepuestos al sustantivo, con la supresión de los pronombres relativos y el uso incorrecto del pronombre personal, ha dado origen a una buena turba de remedadores. Y como entre las muchas impropiedades que ha cometido este autor en las, por otra parte admirables páginas de *Castilla*, *Los Pueblos*, *El alma castellana*, *La ruta de Don Quijote*, hállase el vicioso empleo del verbo *destacar*, la legión de sus admiradores e imitadores, ha caído también de hoz y de coz en el malhadado solecismo. No estarán, pues, de más estos renglones, que tienden a restituir dicha voz a su correcto uso.

Dos atentados o injurias pueden cometerse con ella: una respecto del régimen que le corresponde, otra en lo que se refiere a su auténtica significación.

«Destacar las torres del castillo en lo azul» es una construcción reprensible, de la que debe huir como del diablo, todo el que se precie de rendir culto a las leyes del lenguaje.

Si usamos este verbo como activo sólo deberemos hacerlo con uno de estos dos significados: «separar del cuerpo principal una porción de tropa, para una acción, expedición, escolta, guardia u otro fin» o «hacer resaltar los objetos de un cuadro por la fuerza y vigor del claroscuro, por la acertada aplicación de la perspectiva aérea o por la contraposición de los colores». Como vemos, es palabra que le está reservada a los militares de cierta graduación, pues no cree-

mos que a un soldado raso le esté permitido realizar la indicada acción separativa, y a los pintores o críticos de la pintura.

Nos limitaremos ahora para no hacer excesivamente largo el presente palique, a transcribir varios ejemplos por los que el lector aficionado a estas cosas podrá ver cual es el régimen del verbo *destacar*, en lo que toca a su empleo más generalizado.

«...que así como la mejor treta del jugar es saber destacarse...» Gracián: (*El Discreto*).

«Si por un lado se destacaban ardientes invocaciones al Dios airado de las batallas...» Castelar: (*El suspiro del moro*).

«...y sus dentadas almenas y sus torres cuadrilongas o circulares destacándose como diademas de rubíes en los cielos azules...» (*Ibidem*).

«Destacábanse sobre este sombrío fondo grandes candelabros de plata de un solo brazo, con hacha de cera virgen empotrados a lo largo de los cuatro muros y seis cuadros de gran valor...» P. Luis Coloma: (*La Reina Mártir*).

«...cuando vieron, que de un corro, donde había sentada mucha gente, se levantó y destacó una señora elegantísima...» Valera: (*Parsearse de listo*).

«Allá detrás del pinar, el sol poniente extendía una zona de fuego, sobre la cual se destacaban, semejantes a columnas de bronce, los troncos de los pinos.» Pardo Bazán: (*El cisne de Vilamorta*).

«García el abogado trataba de hacerse visible y destacarse del grupo...» (*Ibidem*).

«Dentro de cada clase o grupo se destacan ciertos individuos en quienes las calidades propias a la clase o grupo aparecen extremadas.» José Ortega y Gasset: (*España invertebrada*).

«...y el cielo, por encima de los orbes—corona de diamantes, se destaca.» José Martínez Monroy: (*Cruzando el Mediterráneo*).

No destaquéis, por Dios, vuestras narices
de allí donde aparecen bien pegadas,
ni el régimen burléis, caros lectores,
que le ha sido fijado a esta palabra.

UN APRENDIZ DE HABLISTA



TU OBRA REZA POR TI

Adelardo Covarsí, gran pintor extremeño

Bello paisaje de extremeña hechura
duerme en el fondo de tu cuadro ameno.
Cielo gris de suavísima ternura
y un perfume enervante a fruta y heno.

La milenaria encina que aún perdura
más fuerte que el granito, pone freno
al paso de la edad, y abre su seno
de amor, de paz, de sombra y de ventura.

Al pastoril sesteo presta asiento
y al viejo rabadán premioso acento
que relata conseja legendaria.

De pronto el pensamiento se extasia,
y todo—hombres, cosas—se diría
que a tu memoria reza una plegaria.

RUFINO DELGADO FERNANDEZ

En la muerte de Adelardo Covarsí

En su nativo Badajoz silente
con un fondo de vieja montería,
garza real que ya traspuso el día,
hunde Adelardo Covarsí la frente.

Llora el Guadiana por la antigua puente
que vió pasar monteros y jauría
cuando por nuestros montes florecía
la dura mancha y la honradez ausente.

Hacia la raya portuguesa hay brumas
y un aullar fronterizo de lebreles.
La noche es lenta, el nuevo sol ya tarda.

Quietos están los mágicos pinceles.
Cruza la vega con sangrientas plumas
el cazador furtivo de avutarda.

BALDOMERO DIAZ DE ENTRESOTOS